

## RECENSIONES REVIEWS

SÁNCHEZ MORENO, Eduardo (coord.) (2019): *Veinticinco estampas de la España antigua cincuenta años después (1967-2017). En torno a la obra de Antonio García y Bellido y su actualización científica*. Spal, Monografías de Arqueología, XXXI. Sevilla: Univ. de Sevilla, 302 pp. ISBN: 978-84-472-2892-8.

El libro que reseñamos es un libro oportuno y necesario. Oportuno, porque permite hacer balance del progreso del conocimiento en muchos campos de la Arqueología y de la Historia Antigua de la Península Ibérica que fueron objeto de dedicación de aquel espíritu enciclopédico que fue don Antonio García y Bellido, midiendo dicho progreso desde lo por él estudiado y publicado. Y necesario porque pone el acento sobre un concepto que hoy ha entrado en crisis en la Universidad española, tan ufana ella de adaptarse a los contextos europeos e internacionales, que es el del magisterio, el del Maestro.

García y Bellido comenzó muy joven su actividad científica como ayudante de la cátedra de J. R. Mélida en 1926 y, a continuación, como titular de la cátedra de Arqueología de la Universidad Central de Madrid, desde 1930. La asignatura formaba parte de los estudios de Filología como un complemento de la enseñanza de lenguas clásicas, pero desde su magisterio se formaron los pioneros de las primeras cátedras de Arqueología y, sobre todo, de Historia Antigua de España: Luzón, Blanco, Blázquez, Vigil, Balil, Presedo, Montenegro, etc. Se puede decir, por lo tanto, con justicia que, si se exceptúa la escuela catalana heredera de Bosch Gimpera (Maluquer, Pericot, etc.), García y Bellido fue el padre de la Arqueología y la Historia Antigua españolas. Dentro de estas disciplinas, hubo pocos campos que quedaran fuera de su interés: las colonizaciones fenicia y griega (particularmente esta última); los pueblos paleohispánicos, con su estudio magistral sobre las bandas y guerrillas en la lucha contra Roma, que fue

objeto de su discurso de ingreso en la Academia de la Historia; el ejército romano; las religiones clásica y orientales; los sistemas productivos; la minería hispana... Su incansable actividad no se limitó solo a su faceta de investigador, sino también de organizador de importantes reuniones científicas, como la que celebró el bimilenario de la fundación de la ciudad de León, y de divulgador. Es a esta última faceta a la que atiende este libro principalmente.

García y Bellido publicó en 1956 un libro titulado *La península Ibérica en los comienzos de su Historia* (Madrid: Instituto Rodrigo Caro, CSIC, 1953) que constituía principalmente una vasta colección de textos, imágenes, algún mapa, pertinentes a los más variados aspectos de la península en la Antigüedad. A mitad entre el dossier de trabajo y el repertorio divulgativo, don Antonio dedicó esta vasta obra de más de 600 páginas “a mis discípulos de la universidad de Madrid”. Este vasto acopio de material, sin embargo, no era “digerible” para el lector no especializado, ni siquiera para el estudiante, con lo que García y Bellido redujo la enorme antología de textos, descartó las ilustraciones, y dio luz a una obrita, que habría de tener un gran impacto, que fue sus *Veinticinco estampas de la España antigua*, en 1957. La pretensión del historiador era dejar hablar a los textos por sí mismos, para que el lector se sumergiera en lo más vivo de la Historia antigua hispana. Tanto en el título de la obra como en su propósito se evidencian las dos coordenadas científicas del autor. Por una parte, el nacionalismo centralista al hablar de ‘España’ y ‘españoles’, trasladando al pasado la idea de una unidad del presente que en aquella época había recibido una peculiar forma después de la guerra civil y la victoria de Franco, queriendo ver en dicho pasado conceptos y fórmulas del presente histórico (la justificación del caudillismo, por ejemplo). Por otra parte, el positivismo científico, defensor de dejar hablar a los textos por sí mismos, como si dichos textos no implicasen ya

una interpretación determinada de la historia. Pero, con estos condicionamientos propios de la época en que fue escrita, las veinticinco estampas marcaron un hito en el conocimiento de la Antigüedad hispana y en la divulgación (hoy diríamos ‘transferencia’) de ese conocimiento.

El libro que reseñamos se divide en dos partes muy bien diferenciadas. La primera parte (pp. 25-102), titulada “García y Bellido: tiempo, obra, referentes”, traza una semblanza del historiador y arqueólogo desde diferentes puntos de vista. De las contribuciones que forman esta primera parte destacan especialmente tres por la proximidad humana al personaje, que son las de M. Koch, M.<sup>a</sup> P. García-Bellido y M.<sup>a</sup> P. de Hoz.

La intención de M. Koch es penetrar en “sus pensamientos privados, sus convicciones políticas y religiosas (que) no han sido tema de reflexiones particulares y menos aún de estudios sistemáticos”. Según Koch, la personalidad de don Antonio se ofrece curiosamente vaga. Se observa un burgués clásico “sin esquinas ni cantos” como se dice en alemán. Visto desde afuera, la política de su tiempo no parece haberle afectado íntimamente. A pesar de que Koch afirma que García y Bellido era “totalmente burgués y republicano”, deja constancia, mediante la consulta a sus diarios, de un desencanto con respecto a la política de la República en el año 1931 (p. 28). Se pueden disculpar las respuestas dadas al cuestionario de abril de 1939 para reponerlo en su cátedra, en las que se autoexcusa por haber permanecido en Madrid hasta la toma de ciudad por Franco y haber tenido carnet de la CNT del sindicato de docentes, debido a la necesidad de sobrevivir bajo el nuevo régimen. Pero el hecho de trasladar su familia a Burgos en 1937 y su amistad con notables franquistas como Santa-Olalla, Almagro Basch y Ferrándiz Torres hacen dudar de su sincero apoliticismo.

M.<sup>a</sup> P. García-Bellido analiza la influencia alemana en la primera etapa profesional de su padre utilizando cartas y documentos del archivo familiar de un extraordinario interés para comprender la relación entre el historiador español y la *Altertumswissenschaft* germánica, tan decisiva en el periodo de entreguerras. A través de dicha correspondencia puede verse el decisivo apoyo de las instituciones de

la Alemania hitleriana (como la *deutsch-hispanische Gesellschaft*) para crear las incipientes bibliotecas de la Universidad Complutense, destrozada durante la guerra civil, y del Instituto Arqueológico Alemán (DAI). Entre estas cartas, que revelan relaciones profesionales, académicas, hay una estremecedora, reproducida fotográficamente en la página 46, en la que García y Bellido se interesaba ante A. J. B. Wace, catedrático de arqueología a la sazón en Cambridge, por el paradero de la tumba del hijo de G. Rodenwaldt, abatido en acción de guerra en las proximidades de Alejandría. Wace no recibió nunca la carta, que fue devuelta al remitente, probablemente porque ya se había trasladado a Egipto a la Universidad Faruk I. El matrimonio Rodenwaldt se suicidaría en 1945, al entrar los rusos en Berlín. A través de esta correspondencia podemos ver, de una manera conmovedora, si no la permanencia de la amistad, sí por lo menos cierta solidaridad entre colegas a pesar de los estragos y divisiones de la guerra. Un aspecto particular de la relación con Alemania es el que Gloria Mora estudia en la relación entre García y Bellido y H. Obermaier, su contexto intelectual y su historia a través de la relación epistolar entre ambos.

M.<sup>a</sup> P. de Hoz analiza “El griego y el latín en la obra de Antonio García y Bellido”. La autora señala el contraste entre la figura del arqueólogo actual y el de la época de don Antonio, ocupado en la edición de textos clásicos, hecho que le sitúa en la tradición de la filología clásica alemana que, partiendo de Niebuhr y Mommsen, enlaza, a través de Gudeman, con el estudio no solo de los aspectos formales de los textos clásicos, sino también de su contenido. Esta dedicación de García y Bellido es tanto más sorprendente cuanto que su aprendizaje del griego clásico fue prácticamente autodidacta, a través del griego moderno, que aprendió en los años 1934-35 gracias a una beca Conde de Cartagena de la RAH. Fruto de ese interés filológico sería, entre otros aspectos, su peculiar transcripción de los nombres propios griegos al español o su interés por los textos epigráficos, como el de la inscripción dedicada a Serapis procedente de Ampurias. Esta parte se completa con las contribuciones de J. Arce, “García y Bellido y la Historia Antigua de España”, y de E.

Ferrer, “Oriente y Occidente: fenicios y cartagineses en la obra de García y Bellido”.

La segunda parte de la obra (pp. 103-292), titulada “Medio siglo de reflexión. Claves en el avance de la investigación”, hace un balance de lo que se ha avanzado en el conocimiento de aquellas materias o temas que fueron objeto de la pluma de García y Bellido hace cincuenta años, en sus *Veinticinco estampas de la España antigua*. Dicho balance se confía a especialistas reconocidos en los distintos temas, que nos disculparán que solo mencionemos sus contribuciones, dadas las limitaciones de espacio impuestas a esta reseña: J. Gómez Espelosín (“Ecos míticos del extremo Occidente: del mito a la realidad”); M. Álvarez Martí-Aguilar (“El retorno del cataclismo: de la Atlántida a Tarteso”); A. J. Domínguez Monedero, quien realiza una interesante apostilla en “Revisando a Coleo de Samos, griegos en Tarteso y algunos presuntos implicados (el caso de Jerez)” acerca del denominado casco del Guadalete, las circunstancias de cuyo hallazgo permanecen bastante desconocidas; J. García Cardiel (“El misterioso mar de Occidente. García y Bellido y las tradiciones griegas (¿y locales?) sobre los *nostoi* que alcanzaron Hispania”); T. Aguilera (“El hombre fiera: la etnografía hispana en las estampas de Antonio García y Bellido”); A. Pérez Rubio y F. Quesada (“Antonio García y Bellido y la historia militar antigua de Iberia. Pasado y presente de una línea historiográfica”), quienes presentan un estudio sucinto, aunque muy completo desde el punto de vista bibliográfico, sobre la actualidad de los estudios de historia militar antigua; E. Sánchez Moreno, quien trata uno de los temas fundamentales en la producción del historiador: “Imperialismo romano y resistencia hispana. Viriato como paradigma”; A. Morillo y V. García Marcos realizan una actualización de la arqueología romana de León; C. Fernández Ochoa y M. Zarzalejos (“La minería del mercurio de Almadén en la España antigua: entre la estampa xvi de García y Bellido y el análisis arqueológico integral de la comarca sisaponense”); J. Salido (“Antonio García y Bellido y los hórreos de época romana”); y A. Romero Molero (“Los estudios de arquitectura doméstica romana y la obra de García y Bellido. Estado

de la cuestión con retrospectiva”). Finalmente, G. Ruiz Zapatero cierra el volumen con un epílogo titulado “Veinticinco estampas de la España antigua: reflexiones en torno a una obra singular” (pp. 293-312), que, con un tono amable, ilustra muy bien la sintonía ideológica de las veinticinco estampas de don Antonio con la España del seiscientos, de los toros, del fútbol, las folklóricas y ‘Operación Rescate’. Señala Ruiz Zapatero el escaso interés de la sociedad española por su propio pasado histórico y la desconfianza de los propios profesionales hacia la labor divulgativa y la necesidad, todavía hoy, de hacer una buena divulgación histórica y arqueológica que potencie la función social de las Humanidades.

Todo historiador está preso de la Historia y de su propia Historia. Hablar (escribir) efectivamente de “un español en la Biblia”, “la más española de las legiones romanas”, “mercenarios españoles en Siracusa” son cosas que actualmente chirrían en el oído del historiador, pero que, sin embargo, tenían una gran eficacia para atraer al público profano e interesarlo en los temas de la Antigüedad que, a veces, podían resultar tan remotos. Hasta fechas muy recientes (e incluso todavía) los historiadores anglosajones han utilizado la expresión *Roman Spain* para referirse a la Hispania antigua y los franceses la de *Espagne romaine*. Solamente poco a poco, y por influencia de los historiadores españoles precisamente, la expresión península Ibérica en la Antigüedad, y sus equivalentes en las lenguas occidentales, ha ganado terreno en la bibliografía científica. *Las Veinticinco estampas de la España antigua cincuenta años después (1967-2017)* son un justo homenaje no solo a la figura de García y Bellido, sino a su generación y a las generaciones posteriores de académicos españoles que con su esfuerzo levantaron una Universidad que no vivía en unas condiciones tan halagueñas como la actual.

Manuel Salinas de Frías  
Dpto. de Prehistoria, H.<sup>a</sup> Antigua  
y Arqueología  
Facultad de Geografía e Historia-USAL  
c/ Cervantes, s/n  
37002 Salamanca  
Correo-e: vafio@usal.es